

FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES,
HUMANIDADES Y ARTES



Cruz

Libro Cara y Cruz

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE BUCARAMANGA

ISBN digital 978-958-8166-84-1

ISBN impreso 978-958-8166-83-4

CARA&CRUZ

Literatura para leer en paz y Periodismo para leer en paz

ALBERTO MONTOYA PUYANA

Rector

EULALIA GARCÍA BELTRÁN

Vicerrectora Académica

GILBERTO RAMÍREZ VALBUENA

Vicerrector Administrativo

RAFAEL ARDILA DUARTE

Presidente Junta Directiva UNAB

ERIKA ZULAY MORENO BUENO

ROBERTO SANCHO LARRAÑAGA

Editores

JOSÉ OSCAR MACHADO ROMERO

Corrector de estilo

IDEAS COMUNICACIÓN

Diseño y diagramación

Publicaciones UNAB

Producción

Universidad Autónoma de Bucaramanga

Avenida 42 N° 48 -11

Bucaramanga, Colombia

www.unab.edu.co

Las opiniones contenidas en esta obra no vinculan la Institución, son exclusiva responsabilidad de los autores, dentro de los principios democráticos de la cátedra libre y la libertad de expresión consagrados en el artículo 3º del Estatuto General de la Corporación Universidad Autónoma de Bucaramanga.



*En este ejemplar los lectores encontrarán
dos libros distintos y complementarios.
Si quieren conocer los capítulos sobre
Periodismo para leer en paz
empiecen por ésta, la sección cruz del libro.
Si prefieren ahora leer los capítulos sobre
Literatura para leer en paz, denle la vuelta
al libro y empiecen por la tapa opuesta en
la sección cara*



Índice

- | | |
|----|--|
| 5 | Prólogo |
| 9 | Introducción |
| 13 | Los rostros de la guerra
desde la lente de Gervasio Sánchez |
| 27 | Leila Guerriero en la mirada
y su trascendencia en las palabras |
| 37 | El periodismo empieza por azar en Martín Caparrós |
| 51 | La guerra no es un relámpago para Paco Gómez Nadal |
| 63 | Adiós a las FARC, ¿y ahora qué, Claudia López? |

Prólogo

Ulibro discute la paz

Santiago Humberto Gómez Mejía

*Decano de la Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Artes
Universidad Autónoma de Bucaramanga*

No en vano la XIV edición de la Feria del Libro de Bucaramanga, realizada en 2016, puso a sus visitantes a *leer en paz*. Dando continuidad al esfuerzo realizado en la edición de 2015, Ulibro promovió decididamente espacios para discutir desde las letras, la música, el periodismo, la fotografía y en general desde las ciencias sociales, las humanidades y las artes, el nuevo escenario político, económico, social y cultural derivado de la firma en La Habana del acuerdo para finalizar el conflicto armado con las Farc-Ep.

Con la intención de poner sobre otra mesa, la de la discusión académica, perspectivas, voces, experiencias y argumentos diferentes, la edición de Ulibro 2016 dedicó importantes espacios de su programación a dar voz a diversos actores –y autores- que desde sus miradas particulares, mediadas por otras interpretaciones de la realidad que aporta la sensibilidad de quienes dedican su vida a resignificar lo social desde la cultura, ofrecieron a los asistentes información clave para entender el pasado, el presente y el futuro, siempre incierto, de una nación tan compleja y particular como la colombiana.

Del 22 al 29 de agosto de 2016, con Cuba como país invitado, se dieron cita en nuestra ciudad personajes que han sobresalido por su capacidad de narrar magistralmente a esa América Latina compleja y singular, que en ocasiones nos recuerda que el realismo mágico en nuestras latitudes tienen más de realidad que de magia. Martín Caparrós, Leila Guerriero, Sergio Ramírez, Gervasio Sánchez, Pablo Montoya y Daniel Samper Pizano, entre muchos otros, recorrieron y revivieron esas circunstancias, en ocasiones trágicas pero también inspiradoras, que configuraron los diversos contextos y realidades que permiten hoy explicar la finalización negociada de la confrontación armada con las Farc-Ep.

El aporte de la cultura es y será decisivo en este proceso, no solo como herramienta de reintegración, sino también como mecanismo de restauración y sanación, pero principalmente como factor aglutinante. La cultura, en sus diversas manifestaciones, reconstruye identidades comunes que nos permitirán sentirnos miembros activos de una ciudadanía que se nutre de una historia única, en la que todos tenemos necesidades – incluso narrativas- que nos dejan, por fin, mirar a la cara y enfrentar los fantasmas que heredamos luego de tantos años de guerra y odio.

La verdadera paz solo será posible entre ciudadanos mejor educados, más sensibles y tolerantes frente a los problemas y las tragedias ajenas, colombianos que sean capaces de entender y sentir empatía por quienes sufren y que de una vez por todas, entiendan que el interés general debe primar siempre sobre el individual. La verdadera paz solo llegará cuando seamos capaces de ponernos en ese otro lugar, fuera de nuestras zonas tradicionales de confort, escenarios a los que solo la lectura, la fotografía, la música y las historias compartidas, podrán llevarnos.

Ulibro, en su compromiso por construir una Colombia mejor, pone a consideración no solo de la comunidad académica sino de la sociedad en general, las reflexiones contenidas en este libro cuyo único fin es aportar constructiva y positivamente al nacimiento de una sociedad menos polarizada, un país con ciudadanos que se reconocen identificados aún con aquellos que piensan radicalmente diferente a ellos. Un país que entiende que la interlocución y el diálogo cualificado, en el que siempre la cultura estará presente, son las armas más efectivas para derrotar las diferencias estructurales de sentido que ineludiblemente derivan en interpretaciones tan contrapuestas de lo real.

Introducción

Periodismo y narración: Formas de contar la paz y la guerra

Roberto Sancho Larrañaga¹

La XIV versión de la feria del libro de Bucaramanga, Ulibro, que tuvo como lema “Leer en paz”, reunió a un destacado grupo de escritores y periodistas de diferentes países. La escritora y periodista argentina Leila Guerriero; el periodista y ensayista nicaragüense Sergio Ramírez; el fotógrafo y periodista español Gervasio Sánchez; el afamado escritor y periodista argentino Martín Caparrós, el periodista colombiano Germán Castro Caicedo, entre otros destacados profesionales del periodismo. Este capital intelectual y esta extensa experiencia profesional es lo que pretende poner en juego esta publicación. Fue un momento adecuado para pensar el lugar del periodismo en la sociedad, las posibilidades de los géneros periodísticos, sus transformaciones y fortalezas.

El periodismo del siglo XXI se encuentra tensionado por la emergencia de nuevas formas de acceso a la información a través de internet, esto lo obliga a repensar su rol en la sociedad. Esta disyuntiva supone pensarse desde el oficio de la profesión pero también desde la función estética de la información, superando la apuesta por la efectividad del mensaje y apuntando a recuperar elementos literarios

¹ Docente Titular Universidad Autónoma de Bucaramanga. Investigador Asociado de Colciencias. Licenciado en Filosofía y Letras, Doctor y Magíster en Historia. Autor del libro, La encrucijada de la violencia política armada en la segunda mitad del siglo XX en Colombia y España: ELN y ETA. Email: rsancho@unab.edu.co

que despiertan sensibilidades y emociones en los lectores, para abordar problemáticas sociales y políticas actuales.

Contar historias es el día a día del periodista, utilizar las palabras adecuadas para poder transmitir la emoción de un triunfo, el dolor de la pérdida de un ser querido; solo esa fuerza profunda del discurso conseguirá seducir al lector. Las palabras se enfrentan a la batalla entre la razón y los sentimientos, el periodismo debe responder a ello con la narración. De la noticia fría podemos pasar a las noticias con rostro humano. Humanizar el lenguaje es acercarse al lector, respetarlo; eso sí descartando manipularlo con sentimentalismos.

En Ulibro 2016 se reflexionó sobre las formas de narrar la guerra y la paz en Colombia en este contexto de pos-conflicto o pos-acuerdos, después de la firma de paz entre el gobierno colombiano y la guerrilla de las Farc-Ep. La formación de opinión pública sigue siendo el gran reto del periodismo y nos enfrenta al dilema sobre la responsabilidad de este frente al tratamiento de la información de interés común, como afirma Jürgen Habermas; pero también se constituye en el eje de la cohesión y el vínculo político. El vínculo social y los acuerdos políticos permiten la construcción de comunidad, lo contrario es el des-vínculo, enfrentamiento, conflictos sociales y políticos.

Ese periodismo constructor de sociedad no es lo contrario del crítico, sino que se refuerzan mutuamente a partir del tratamiento con calidad de la información sobre los temas de interés común. Esas noticias se apoyan en la narración para tener mayor impacto en la opinión pública, no convirtiendo el periodismo en literatura, sino utilizando recursos literarios universales para despertar la avidez del lector por el tema abordado. No se trata de abandonar la veracidad de la información en pos de la imaginación o el artificio; sino de la convivencia entre la honestidad y creatividad. No por casualidad

mucho de los grandes escritores latinoamericanos han fungido de periodistas, García Márquez, Vargas Llosa, Fuentes, pero también Leila Guerriero o Martín Caparrós, dos de nuestro invitados a la feria del libro.

El compromiso con la lengua y la palabra debe estar al mismo nivel tanto en el literato como en el periodista, ambos viven de ello, con sus peculiaridades pero también con aquellos anchos campos que comparten. Escribir bien no es solo un asunto de redacción o gramática, sino de la posibilidad de transmitir emociones al lector y ello no va en detrimento de la calidad y veracidad de la información. Pensar que en el mundo de Twitter, el periodismo se reduzca al género breve, encapsulando la información para un lector que vive su vida de forma acelerada; es desconocer el potencial de encantamiento de la palabra. Por ello es conveniente recordar lo que advierte la Biblia: “La Palabra era la luz verdadera que ilumina a todo hombre que viene a este mundo. En el mundo estaba, y el mundo fue hecho por ella y el mundo no la conoció. Vino a su casa y los suyos no la recibieron” (Juan 1, 9-11).

Por ello, exploraremos el papel de las palabras sobre la paz y la guerra en las hojas blancas de escritores y periodistas; proyectadas por autores como Gervasio Sánchez (primer capítulo), Leila Guerriero (segundo capítulo), Martín Caparrós (tercer capítulo), Paco Gómez (cuarto capítulo), Claudia López (quinto capítulo).

Los rostros de la guerra desde la lente de Gervasio Sánchez

Roberto Sancho Larrañaga¹



Gervasio Sánchez. En: Conferencia Los rostros de la guerra. Lunes 22 de agosto 2016. Fuente: Archivo histórico Ulibro

Gervasio Sánchez nació en Córdoba (España) en 1959, es un destacado fotógrafo que ha recorrido el mundo retratando con su cámara los conflictos armados de las últimas décadas. Reivindica el fotoperiodismo como una labor fundamental para registrar directamente la información. Trabaja como periodista independiente desde hace muchos años, colaborando habitualmente con diarios como Heraldo de Aragón o Vanguardia en España. Entre sus reconocimientos destaca que en 1998 fue

¹ Docente Titular Universidad Autónoma de Bucaramanga. Investigador Asociado de Colciencias. Licenciado en Filosofía y Letras, Doctor y Magister en Historia. Autor del libro, La encrucijada de la violencia política armada en la segunda mitad del siglo XX en Colombia y España: ELN y ETA. Email: rsancho@unab.edu.co

nombrado “Enviado Especial de la Unesco por la paz”, algunos de sus múltiples premios a su labor son: Premio Mejor Periodista (1993), Premio de Derechos Humanos de Periodismo (1997), Premio Ortega y Gasset de Periodismo en categoría gráfica (2008), Premio Internacional de Periodismo Rey de España (2009), Premio Nacional de Fotografía (2009) y el más reciente el Premio Gernika por la paz y la reconciliación (2017), compartido también con el presidente colombiano Juan Manuel Santos y Rodrigo Londoño “Timochenko”.

Gervasio comenzó su conferencia mostrando su casa, donde acumula una vasta biblioteca, fue un recorrido para mostrar sus espacios íntimos, esos mismos que él retrata en las víctimas de los conflictos armados. Apasionado de los libros y la lectura en papel, se desplaza, literalmente por todo el mundo, llevando bajo su brazo libros, especialmente de aquellos países que visita en su labor de fotoperiodismo. Visitó la UNAB en la feria Ulibro para presentar sus fotografías y su visión del periodismo, Colombia es un país que conoce por sus constantes viajes desde hace décadas y que lo han llevado a los lugares más remotos, detrás de las víctimas que ha dejado el conflicto armado. Gervasio, que está unido profesional y afectivamente al país, recuerda que: “El primer artículo que escribí fue sobre Gabriel García Márquez, había leído todo sobre él. Era uno de mis escritores favoritos, sigue siéndolo”.

Por ello, su reflexión giró en torno al proceso de paz en Colombia, porque “contra viento y marea, yo creo que un país en paz es mejor que un país en guerra. Lo dice alguien que lleva 35 años cubriendo conflictos armados”. Colombia tiene más de cuatro millones de desplazados, solo superado en los últimos años por Siria; pero muchas veces en las ciudades se olvida el impacto de la guerra, porque es en el campo donde la guerra y los combates se sienten de

forma más intensa. Un conflicto que lleva más de 50 años enquistado en el país y que “yo espero que esto acabe, conozco Colombia hace 25 años. Amo este país, aunque me 'cabrean' sus políticos, su verborrea, su clase periodística”. Durante su charla, Gervasio nos compartió su trabajo fotográfico y asimismo leyó algunos textos.

Un periodista lo es desde la cuna hasta la tumba

Este periodista español combina su pasión por la profesión con la más sagaz crítica al periodismo contemporáneo. Para él, “el periodismo es pasión y compromiso”. Por ello, desde los 10 años empezó a soñar con ser periodista, coleccionaba sellos o estampillas y miraba el mapamundi; su mente viajaba por todos esos países, visitaba ciudades, museos y plazas. Pensó que si era periodista se le cumpliría el sueño de viajar por todo el mundo. Por eso, critica el periodismo de escritorio o de teléfono:

“Es sorprende, porque la mayoría de los periodistas no viajan. Lo cual es irónico, porque eso no es periodismo. El verdadero periodismo es 'artesanal', hay que ir al lugar de los hechos. Las nuevas tecnologías benefician al periodismo: un blog y un bolígrafo, vas a los sitios, conoces la historia y la cuentas. No te meten gato por liebre”.

A los 14 años se consideraba ya un periodista e iba al colegio con un diario en el brazo donde escribía todos los sucesos destacados del día a día. Como no conseguía fácilmente los periódicos para devorarlos, debía destinar parte del dinero de su comida, para comprarlos en el kiosco. Posteriormente, hizo lo imposible por ir a la universidad,

trabajó más de 10 años de camarero para poder pagar sus estudios y cumplir su pasión de viajar por el mundo. Al final consiguió fundir sus dos pasiones:

“El periodismo ha sido como un caballo veloz que me ha llevado a los lugares más oscuros del mundo. Me ha obligado a enfrentarme a situaciones inimaginables. El periodismo ha forzado a empaquetar el dolor acumulado y llevarlo escondido en una mochila invisible, cuyo peso solo conozco yo”.

Para un periodista que cubre conflictos armados y debe ver el sufrimiento humano, cuerpos destrozados, el llanto de la madre, niños muertos mientras aprovechaban las horas de luz para jugar con sus amigos; la mente es un campo lleno de minas personales. Un peligro casi tan alto como salir de un bombardeo en Mosul o el cerco de Sarajevo. Pero a Gervasio no le gusta hablar de sí mismo, porque lo importante es documentar esas atrocidades, “cuando más se trabaja con el sufrimiento, más debe huir el periodista del protagonismo. El periodista que habla de sí mismo, traiciona a las víctimas y reduce el espacio de las historias que importan. Me aburren esos periodistas”.

El periodismo lo ha alejado del día a día de su familia pero lo ha acercado a lo humano, a esas alegrías y sufrimientos, en esos momentos de la vida, donde todo pierde valor salvo la persona. La guerra es el momento donde el valor de la vida se aprecia más, porque en cualquier momento se puede perder; donde lo superfluo desaparece y emerge lo real, lo auténtico. Por eso piensa que:

“los mejores y peores días de mi vida me los han dado el periodismo. No sé quién sería sin esto. Quizás sería más feliz,

quizás estaría más tiempo con mi familia o lo perdería en situaciones insulsas. Pero no sería mejor persona, lo tengo clarísimo. El periodismo me ha convertido en más solidario, crítico, menos dogmático y menos cínico”.

Sus fotografías, libros y premios dan cuenta de su pasión por el fotoperiodismo; hoy es un periodista de reconocimiento internacional pero no siempre fue así. Gervasio siempre recuerda cómo servía platos de paella mientras sus clientes leían algunos de los periódicos más famosos de España, sin saber el cliente que en alguna ocasión en ese mismo ejemplar él había publicado una de sus noticias. A los 30 años en 1989 tenía que luchar para que le publicaran o en 1994 tuvo que endeudarse para poder publicar su primer libro de fotografías de la guerra de Bosnia. Pero, “si me preguntáis si ha valido la pena, esta aventura de haber trabajado como periodista tantos años y tantas décadas, diré rotundamente que sí”.

Si hay algo que le hace cambiar su semblante y visión positiva, es preguntarle sobre el periodismo actual, la relación entre el poder y los medios o la falta de profesionalismo y ética de muchos periodistas. Es un crítico atroz de su profesión en España pero recuerda que “a finales de los 80, Colombia tenía el mejor periodismo de América Latina. Hoy en día tengo que decir que es muy institucional, donde la comunicación es más comunicacional”.

Gervasio cree que una cosa es el periodismo y otra la comunicación organizacional o las relaciones públicas. El primero denuncia las relaciones de poder, el segundo lo legitima. Son dos visiones antagónicas de un mismo fenómeno, comunicar. Por ello, “soy muy enemigo de mezclar el periodismo con la comunicación. Un periodista a veces no tiene nada que ver con un comunicador”.

Guerra y paz

Gervasio denuncia el periodismo de suceso y propone uno que piense los procesos, que tenga en cuenta el pasado y el futuro; por ello, cree que en Colombia no finalizó el conflicto el día de la firma en La Habana. Tampoco cuando Wikipedia lo determine. Nos recuerda que la guerra en Bosnia continúa porque todavía no se superan las consecuencias de esa barbarie, “Yo el año pasado estuve en Bosnia dos veces, una vez mientras enterraban 150 cuerpos de personas que habían sido ejecutadas, 20 años antes, en una fosa común. Acaba la guerra cuando no haya un solo cadáver por enterrar. Cuando los criminales, estén encarcelados”. Colombia lleva más de 50 años en conflicto, por ello, las heridas son profundas y las consecuencias perdurarán por décadas, pero “yo creo que es capital que Colombia recupere la paz. Pero, insisto, la guerra no se acaba cuando se firma un papel”. Gervasio se pregunta, “¿Cuándo en Colombia cesarán las consecuencias de las guerras?”. Mientras existan minas antipersonales en los campos del país, mutilados o gente llorando por sus desaparecidos, será imposible superar la guerra.

Gervasio lleva décadas trabajando en 10 países del mundo las consecuencias de las minas enterradas por los actores armados en los conflictos, y recuerda que en el año 2006 y 2007 fue Colombia el país con más heridos o muertos por minas en el mundo. A este proyecto le ha destinado el autor su mayor empeño y también ha obtenido de él sus mayores reconocimientos por su labor periodística: “Cuando empecé, no tenía Colombia, pero al cabo de unos años, me tocó sumarlo a la lista. Decidí venir en esos años, vine a Bucaramanga y fui a una vereda. Me encontré una historia tremenda, se las voy a mostrar”.

Se trata de una víctima de mina antipersonal en el municipio de San Pablo, su nombre es Mónica Paola Ardila, quien:

“el 21 de febrero de 2003 a la 1pm, con 8 años recién cumplidos, regresaba a su casa del colegio con su papá. Fue a orinar, una mina colocada y abandonada, explotó e hizo volar a Mónica. Le ardían sus ojos. La llevaron al hospital. Su situación crítica, perdió la visión en ambos ojos, sufrió la amputación de su mano derecha y de las dos falanges de la izquierda. Su cuerpo quedó inundado de esquirlas. Hoy, con 21 años, cuando se rasca le salen diminutas partes de metal. Seguí su historia por muchos años, el Estado colombiano no hizo nada por esta niña. Esta es una historia de posguerra, de cómo golpear a los ciudadanos más cercanos al conflicto armado”.

Mónica es un ejemplo de cómo las consecuencias de la guerra perduran después de la firma de los acuerdos de paz; una víctima abandonada por el Estado, los victimarios nunca fueron juzgados por esta brutalidad, más aún, se desconoce si la mina fue sembrada por la guerrilla o por las fuerzas de seguridad del Estado, la justicia no repara los daños ocasionados. Y Mónica sin futuro, sin las mínimas condiciones para poder tener una vida digna. Colombia castiga a las víctimas y premia a los victimarios.

Otro ejemplo de las consecuencias de la guerra en el país es que “en Colombia se han producido 400 mil violaciones de mujeres, durante los últimos años de conflicto, por parte de todos los grupos armados. Me sorprendió muchísimo un dato, de los 57 mil crímenes solo 86 tenían que ver con la violencia sexual”. Cabe recordar que el Estatuto de Roma incluye el abuso sexual como delito de lesa

humanidad, y para la víctima la superación de las consecuencias puede durar toda la vida, dado que las mujeres se sienten humilladas, sucias, dejando como estela la baja autoestima de la víctima. A pesar de ello, la impunidad de estos delitos es clara en el caso colombiano, muy pocos victimarios han sido condenados. Por ello, comparte la opinión de la socióloga Claudia Acevedo, que acusa al Estado de encubrir este tipo de violencia. Esta impunidad recuerda lo sucedido durante la Segunda Guerra Mundial, incluso finalizada la guerra, las fuerzas de liberación, americanos, franceses, ingleses y soviéticos violaron a millones de alemanas; “se denunciaron 110 mil casos, ¿cuántos quedaron impunes?”.

Otra de las consecuencias muy difíciles de superar de la guerra es la reinserción social y laboral de los actores armados ilegales. En especial, el tema de los niños soldados, que no solo son los menores que están en las filas de los grupos armados, sino de aquellos que fueron reclutados, en muchos casos de forma forzosa, mientras eran niños: “El reclutamiento forzoso en Colombia es una realidad. Pero, no solo pasa aquí, lo he visto en más lugares. En los grupos armados hay muchos que entraron siendo niños y aunque lleven 20 años, entraron siendo niños. Sin un arma no saben qué hacer”.

Gervasio ha trabajado durante años estos temas especialmente en África, en Sierra Leona; pero también analizó el caso de El Salvador en el año 1992 cuando a estos niños se les cambiaba el arma por un pedazo de tierra en un lugar apartado, donde les era difícil sacar sus productos. Muchos de ellos retomaron las armas, dejaron la guerra y entraron en la delincuencia. Siguieron usando las armas dado que no hubo una adecuada reintegración a la vida legal, las consecuencias las vive Centroamérica todavía, con las famosas Maras en El Salvador o Guatemala. Algo similar pasó con las bandas delincuenciales que surgieron en la posguerra en Kosovo y que azotaron Europa en las

décadas posteriores. Gervasio lo ha visto con sus propios ojos en muchos países que vivieron la guerra, por eso afirma que “los combatientes que están acostumbrados a matar, si no les das una salida laboral, vuelven. Ya no es un combate guerrillero, pero sí de asaltar, bandas criminales”. Este es otro de los grandes retos de la sociedad colombiana en el pos-acuerdo o pos-conflicto, pero es un tema que no ocupa un lugar destacado en la agenda pública del Estado ni de los medios de comunicación. Todo ello por la visión cortoplacista o de suceso como se cubre el conflicto en los medios de comunicación.

El periodista español puede hablar de casos en concreto, por ello, no habla desde las generalidades, recuerda a un niño soldado que fue comandante de una banda de 250 niños en Sierra Leona. Recuerda cómo estos niños “lo primero que hacían era matar a sus padres para que la guerrilla fueran su familia”. Y Sierra Leona fue un ejemplo de cómo rehabilitar a estos jóvenes y darles oportunidades laborales, “en cambio en El Salvador les daban 100 dólares, un pequeño trozo de terreno en las afueras. Les daban para cultivar, yo me les cagaba de la risa. Antes ellos tenían lo que deseaban gracias a las armas, qué van a querer irse a sembrar maíz. Esto fue un problema grave”.

Él sigue recordando algunos de los niños soldados que conoció en Sierra Leona, uno de ellos pudo estudiar en Londres con una beca, pero al regresar a su país murió de ébola. Otro muchacho recuerda cómo se le acercó al misionero español José María (Chema) Caballero, y le entregó una bolsa plástica, dentro había una calavera, era su primer muerto: “Lo maté con 10 años, tiene 18 y lo llevo en el bolso hace 8. Es mi amuleto”. Otro chico se casó con una de sus instructoras, ella les enseñaba a los niños a matar. Después de la

desmovilización se casaron y formaron una familia, pero él volvió al consumo de drogas: “Las drogas siempre están vinculada a las guerras. Evidentemente estos niños tomaban muchas”. Los conflictos también tienen en común no solo las armas sino también otro tipo de negocios ilegales como las drogas, trata de personas, prostitución o extorsiones. Gervasio por último recordó a otro chiquillo que “fue el primero que admitió que cuando cogían un prisionero, después de matarlo, se comía las vísceras. Es casi un titular de periódico: “ese día, el arroz estaba más rico”. Este muchacho se convirtió en mecánico y se casó con otra guerrillera, tuvieron dos hijos. Él fue reclutado cuando tenía nueve años y a los veinte volvió a reencontrarse con su madre, lloró durante tres noches seguidas pensando en todo lo que había hecho. En el caso de las niñas soldado, a todo lo anterior se le suma que la mayoría fueron violadas, antes o durante su permanencia en los grupos armados, “a algunas solo las violaba uno, a las demás, los que fueran. No es igual ser mujer que hombre en la guerra, el potencial de sufrimiento que tiene una mujer, es mayor”. Superar esta situación requiere apoyos adicionales para estas mujeres.

Gervasio está convencido de la necesidad de establecer unas políticas duraderas para superar las consecuencias de la guerra, por ello, para el caso de los niños soldado, propone aprender de la experiencia del país africano:

“Yo me fiaba de este proyecto de rehabilitación en Sierra Leona, estaba tan seguro que habían superado la violencia, que cuando volví a ir, dejé a mi hijo Diego con ellos. Pues, esa idea de que una persona que mata y no puede cambiar, no estoy de acuerdo. Si hay un proyecto de rehabilitación serio, se puede lograr”.

Otra consecuencia de la guerra que llevará décadas superar es la exhumación de los cadáveres de las víctimas de la guerra. Hasta que no se encuentre el último cadáver el conflicto no se superará colectivamente. España, setenta años después, todavía sigue desenterrando a los desaparecidos en la Guerra Civil y en la Posguerra. A Gervasio le llama la atención el profesionalismo de Medicina Legal en Colombia y el cinismo de los victimarios:

“Yo acompañé a los jefes de la autodefensa de Casanare en una exhumación de cadáveres en el Meta. Querían beneficio de la ley de justicia y paz, estábamos sacando los cuerpos y ellos se divertían. Para sacar cinco cadáveres, tuvimos que pasar una semana. Éramos unas 150 personas para sacar eso. Imagínense lo caro que es y lo importante, también. Se identifica a las víctimas. Hacían comentarios que eran horribles. Por ejemplo: “¿apareció ya la cabeza? Nosotros los descuartizamos. Hacíamos el fondo, metimos primero la cabeza, luego el tronco y así”. Se reían, (puto asco) por suerte no estaban los familiares”.

Gervasio Sánchez, periodismo con rostro humano

Gervasio se caracteriza por realizar un periodismo a largo plazo, ese que no suele salir habitualmente en los medios de comunicación masiva, le hace seguimiento a las historias por más de diez años. No percibe la noticia como un suceso, sino que piensa en las consecuencias de esos sucesos para las personas o la comunidad:

“Para mi es importante mostrar a esta niña, Mónica, desde los 10 años hasta los 21. Seguir su historia. No sé si se llama periodismo humano, no lo sé. Para mi es periodismo puro, el que yo aprendí a los

19 años. Porque para mí, el buen periodismo sirve para mejorar la sociedad. Un mal periodismo está condenado a fracasar, porque es menos crítico”.

Aunque parece que este mal periodismo está triunfando, especialmente en España, por eso, “estoy en guerra con el periodismo, porque creo que cuando este se acuesta con los políticos y los grandes empresarios, acaba traicionando los principios básicos. Ese es el problema”. Pero Gervasio ha renunciado a ese juego perverso de la relación entre los medios y el poder político o económico, trabaja como freelance, esto le ha traído muchos problemas pero también el reconocimiento de un periodista independiente. A pesar de todo esto, “sigo creyendo en esta profesión”.

Y especialmente cree en la fotografía como recurso periodístico para registrar los sucesos. Pero la fotografía de guerra supone un gran reto profesional, es difícil combinar la calidad y el instante de la explosión de una bomba, recuerda. Aunque antes la dificultad era incluso mayor que hoy en día, “empecé trabajando con la diapositiva. Tenía un problema con eso, pues los editores serios cuando te pasabas un cuarto de diafragma te la rechazan. Era muy difícil fotografiar la guerra con tanta precisión”. Pero hoy en día Gervasio se ayuda de las nuevas tecnologías, incluido tomar fotos con su Iphone; pero definitivamente sigue prefiriendo trabajar con blanco y negro.

Tal vez su vida también es en blanco y negro, debido al dolor al que ha estado expuesto en los múltiples conflictos armados que ha cubierto. Por eso afirma que “tengo una mochila con dolor. Nadie sabe qué cargo en ella, pero no veo mi vida sin ser periodista. La guerra es una onda expansiva”. Dentro del dolor acumulado, nunca se olvida de los compañeros que han caído realizando su labor periodística, “tengo un calendario en el cual llamo a mis amigos, que

perdieron personas en la guerra, para llamarlos después de 15 años”.

A los jóvenes que estudian periodismo les recuerda que la profesión, “no es un camino de rosas”. Él tuvo que luchar duro en sus inicios pero también actualmente, para que a un periodista que arriesga su vida en Mosul u otro lugar de alto riesgo no se le pague una miseria por su noticia:

“yo trabajé 17 veranos de mi vida como camarero, en un pequeño restaurante en mi ciudad, dejé de trabajar el 28 de agosto de 1991. Trabajaba como camarero para pagar mis estudios universitarios, para viajar a un montón de lugares, pagando de mi bolsillo. O sea, que si cualquiera de ustedes quiere hacer periodismo de verdad tiene que hacerse el camino”.

Tampoco va a ser un camino de rosas el proceso para superar las consecuencias de la guerra en Colombia, por eso afirma que “yo no tengo una varita mágica para decirle que si en este país con firmar la paz se va a acabar la guerra”. Continúa defendiendo la necesidad de que los crímenes de lesa humanidad sean juzgados, “si la persona es culpable, pues se aplica lo que toca. En Sudáfrica nadie fue a la cárcel, pero se hizo un juicio público que funcionó más o menos bien”. En el peor de los casos puede pasar como en Centroamérica, donde “el Timochenko del Salvador, ahora es su presidente”.

En cuestiones de la guerra y la paz uno nunca deja de sorprenderse, por eso recuerda la anécdota de Magda Goebbels, la esposa del ministro de propaganda en la Alemania Nazi: “Hitler la consideraba como la mejor madre, era un modelo ideal. Con la caída del régimen mató a sus seis hijos y se suicidó junto con su esposo.

Pero, guardaba un secreto y es que era de origen judío. Su padre fue muerto en uno de los campos de concentración. Piensen ustedes este tema, es muy interesante, ¿cómo puede ocurrir esto en una guerra?”. Porque la guerra rompe todas las lógicas humanas. Gervasio puede dar fe de ello, de la crueldad, de lo inhumano de los actos de las personas en las guerras. Por eso sigue siendo un periodista apasionado de su trabajo:

“Llevo más de 30 años ejerciendo el periodismo, tengo pasión por este oficio. Un periodista lo es desde la cuna hasta la tumba. Deseo que mis últimas palabras, cuando tenga 103 años, sean o estén relacionadas con el periodismo. En el momento en que uno decide ser periodista, esa es la cuna”.

A modo de epitafio de esta charla, asegura que “sigo creyendo que el periodismo me llevará a la tumba”.

Leila Guerriero en la mirada y su trascendencia en las palabras

Lucía Jeaneth Gualdrón Castellanos¹

Roberto Sancho Larrañaga²



Leila Guerriero. En: Conversatorio Periodismo y Literatura. Jueves 25 de agosto 2016. Fuente: Archivo histórico Ulibro

Leila Guerriero nació en 1967 en Junín, una ciudad al noroeste de la provincia de Buenos Aires en Argentina. Escritora y periodista, ha sido redactora y colabora en prensa con destacados medios como La Nación de Argentina, El País de España o El Mercurio de Chile. También es editora de la revista Gatopardo, exponente del periodismo narrativo en América Latina. Es autora de varios libros y novelas, Los suicidas del fin del mundo. Crónica de un pueblo

¹ Estudiante de Comunicación Social en la Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Artes de la Universidad Autónoma de Bucaramanga. Pertenece al semillero de investigación Comunicación, Cultura y Medios vinculado al grupo de investigación categoría A, Transdisciplinariedad, cultura y política.

² Docente Titular Universidad Autónoma de Bucaramanga. Investigador Asociado de Colciencias. Licenciado en Filosofía y Letras, Doctor y Magíster en Historia. Autor del libro, La encrucijada de la violencia política armada en la segunda mitad del siglo XX en Colombia y España: ELN y ETA. Email: rsancho@unab.edu.co

patagónico, Frutos extraños, Una historia sencilla, Zona de obras, entre otras. En el año 2010 ganó el premio Fundación Nuevo Periodismo y en el año 2014 el premio Konex.

El periodismo se convierte en la caja de herramientas que brinda los recursos para narrar aquellos hechos que con una mirada se han observado, que los ojos quieren contar y que las manos no aguantan por traducir en letras. Como periodista, para Leila Guerriero el ejercicio de hacer periodismo es un conjunto de vivencias que son fundamentales para hacer la reportería:

“Para ir, tenés que saber a dónde ir. Para ver, tenés que tener una mirada desarrollada. Para volver, tenés que tener un qué contar claro. Para contar, tenés que tener una cantidad de recursos narrativos. El periodista hace todo esto, con una enorme cantidad de oficio. Una cabeza bien amueblada. Un buen periodista primero, debe vivir. Tener calle.”

Singulares pero semejantes

Desde pequeña Leila Guerriero notaba que era distinta, una niña fuera de serie, porque sus gustos no coincidían con las actividades típicas que otros niños de su edad solían hacer: “Mi infancia fue fantástica y terrible también, quería escribir, nadie había leído lo mismo que yo. Leía mucho, pero era muy salvaje, india (...). Me gustaba mucho estar sola, leyendo”.

Ella, cautivada en una burbuja donde el tiempo no existía, absorta de esa cotidianidad sobria que no le brindaba aventuras y travesías fantásticas. Ella con su mirada, esa ventana que era un pasadizo entre su mundo interior y la realidad que se endurecía con el paso de los años; ella con sus ojos, que realizaban un viaje, orbitando

por océanos y descubriendo sus lugares desconocidos, solo aptos para ser encontrados por unos cuántos:

“Mirábamos cosas que nadie más miraba (cosas que, a nuestra edad, nadie necesitaba mirar: el cadáver de un perro al costado de una ruta, la luz del sol sobre el vello de los brazos de una mujer rubia). Veíamos cosas que solo nosotros podíamos ver: la truculencia de un túnel en plena noche (donde los demás solo veían un túnel), la violencia de una fogata y un grupo de mendigos (donde los demás solo veían una postal de la pobreza)” (Guerriero, 2013).

Su lápiz danzaba al pie de las palabras que surgían de su cabeza. Las ansias de convertir los momentos vividos en líneas que creaban personajes y escenas, a partir de la nada, crecían con ella. Palabras que por sí solas eran inexpresivas, vacías, pero que al entrelazarse bajo el rastro desgastado de trazos interrumpidos cobraban sentido, “bajo la luz de una lámpara en nuestros cuartos, o sentados a la mesa de la cocina mientras todos dormían la siesta, o en cualquier parte en medio de la noche más oscura, llenábamos cuadernos con frases que imitaban las cosas que habíamos leído” (Guerriero, 2013).

Creía que era ella, solo ella, la que comprendía la sencillez que revestía su día a día. Ella entre una multitud que veía sin ver, que miraba sin pensar, que vivía sin preguntarse los porqués y las razones de ser, que caminaba sin andar. Lo que desconocía era que cruzando puentes, atravesando vías y navegando mares, había otros espíritus incomprendidos que buscaban un alguien compatible. “Éramos una legión de solos, asesinos seriales en una urbe desmesurada preguntándonos cómo les estaría yendo a los demás -si es que había algo que pudiera llamarse "los demás"- sin encontrar la forma de saberlo (Guerriero, 2013)”.

Ella y ellos, únicos a su manera. Preguntándose por qué no encajaban en sus lugares, tan propios y tan distantes a la vez. En su inocencia ignoraban que eran como piezas de rompecabezas perdidas en varios sitios, lejos unas de otras, siendo cada uno una parte única y semejante. Piezas que en su soledad conocían quiénes eran, cuáles eran sus curvas y esquinas, y al encontrarse entendieron el propósito de sus figuras y sus colores.

Afinando la mirada

Conocer lo que ocurre alrededor es fundamental para los periodistas, porque su interés está en hablar acerca de lo que sucede, contarlo de modo que cualquier persona esté informada y actualizada:

“Yo creo que la vocación de contar historias tiene que venir de algún lado” dice Leila. Esta vocación nace de esa afinidad por ser ávidos observadores –captadores de momentos efímeros que son únicamente visibles ante la sensibilidad de una mirada, que todo lo busca y todo lo quiere encontrar– quienes luego transforman lo abstracto de lo efímero en algo palpable, que las yemas de los dedos pueden rozar al compás de la lectura.

Los periodistas asumen una posición de guía: son ojos que ven, piensan y analizan, miran lo que observan y observan lo que miran. Se convierten en un accidente, una casualidad en el momento preciso que captan el hecho, cuentan cómo fue, qué sucedió. Sin embargo, para Leila la labor va más allá que contar: “No quiero cosas que ya siempre se dicen, entonces pregunto con una mezcla de información (...). Me vuelvo invisible, permaneciendo. El periodista hace algo como el psicoanálisis: saca algo que el otro no sabía de él”.

La capacidad de observar con detalle es un talento innato que se va desarrollando y afinando a través de la experiencia. Leila contaba con ese talento, que ella consideraba como una simple observación detenida de lo que pasaba a su alrededor. Su inicio en el oficio del periodismo fue empírico, algo que ella recuerda como muy natural, “como que te sacaran a bailar y te dieras cuenta de que podías bailar, pero sin tener demasiada conciencia de lo que estabas haciendo” (Guerriero, en Jalil, 2010, p. 38).

La mirada periodística, la perspicacia de tomar detalles mínimos, casi imperceptibles, es una habilidad que solo se agudiza con el continuo ejercicio y para ello “hay que exponerse al medio, sumar experiencias a la vida. Hay que leer mucho y de todo”, lo cual va permitiendo que el periodista sea capaz de captar y descubrir la potencialidad de esos detalles para transformarlos en una composición hilada de partituras de la realidad.

Cualidades infalibles

Observar no es un acto que se da únicamente porque se contempla la escena de un lugar. La observación tiene motivaciones más profundas; es una búsqueda reflexiva para levemente adentrarse en lo más oculto, íntimo de una persona, un lugar o un hecho, y trascender desde ese punto hasta develar sus razones de ser.

Ese interés genuino, esa mirada subjetiva que se cuestiona, es lo que incita a la curiosidad, como ese 'no sé qué' que proviene de algún lado –quién sabe de dónde– que no deja que se piense en otra cosa distinta. Esa necesidad de conocer y entender, de querer contarle todo y compartir ese sorprendente descubrimiento.

Atender a lo que el mundo dice en su paisajes y calles es una actividad constante, pues “el periodista debe estar muy atento para

reflejar ese elemento de curiosidad de masas” (Herrscher, 2009, p. 157), y por tanto debe tener la capacidad de interpretar el mundo y hacerlo entendible.

La mirada hace un recorrido de vida, un viaje que cada quien ve desde lentes distintos. Aún en lugares comunes, la percepción de lo que se observa cambia entre una y otra persona. Y ahí está lo más valioso del periodismo: darle la oportunidad a los hechos, que se dejen contar desde diferentes enfoques, que las historias –tan únicas como sus protagonistas– narren a su manera nuevas formas de comprender estos hechos.

Es en este espacio donde la admiración aflora, como un canario que canta desde su rama al ver cómo los rayitos de oro se filtran tímidamente por las hojas. “Me resulta extraño que alguien quiera escribir y no haber pasado por la admiración que le produjeron obras de otros. No sé qué es lo que mueve a alguien que no se haya sentido conmovido por otros”, dice Leila. No solo es aprender a comprender el mundo desde una perspectiva propia y compartir lo aprendido, sino además ser inquieto e interesarse por los trayectos que otros han cruzado, seguir sus huellas y caminos de miga de pan, observar desde los lentes de otros viajeros para develar y descubrir esos detalles que se dejaron encontrar.

La realidad

Las historias reales suelen ser lugares de inspiración. Sucesos que suenan sorprendentes, sacados de una película, que superan expectativas por la carga emocional que llevan entre sus letras. Esas historias caminan por las aceras, juegan en los parques, toman café a las 4 de la tarde en una cafetería, o en un bar, o en un sillón bajo los arrullos y susurros melódicos de un jazz que suena de fondo.

El periodista se convierte en ese ser detectivesco que se sumerge en las historias desconocidas e incomprensibles. Su vocación nace en ese momento, personal y reflexivo, en el que se da cuenta de que quiere ser un narrador de historias, como afirma Leila:

“Creo que la vocación periodística parte de ahí, ¿no? De querer contar una historia, de querer compartir algo que uno ve –en primerísimo plano- con otra gente –que no tiene la posibilidad de verlo desde tan cerca- (...). Un periodista debe ser, antes que nada, una persona que reporta, va al territorio, busca, mira, husmea” (Guerriero, en Rodríguez, 2014).

Sin embargo, el estilo y la narración de un periodista no solo se debe enriquecer por sus vivencias físicas, sus viajes y recorridos de vida, sino además de sus experiencias intelectuales como base para tener una mirada completa y un horizonte de posibilidades cuando se sienta a escribir.

Estos narradores también son lectores de historias. Aprenden a través de los libros, viven y sufren con sus personajes, y allí –en este instante mientras en silencio se adentran en la lectura– se va construyendo una relación de intimidad, una conexión entre lo que saben, lo que han escrito, sus vidas cotidianas, y se deslumbra una luz que aclara y permite ver todo de una forma distinta, porque se comprenden las circunstancias personales por medio de las experiencias de otros.

“A mí lo que me pasó con Madame Bovary fue que cuando lo leí por primera vez tenía 14 años y me pareció una pavada. No la entendía. Cuando uno es un pequeño lector, no tiene capacidad de comprensión. Yo pensaba que esta mujer era una

tonta, desprecié el libro. A mis 21 años una amiga mía se suicida tomando arsénico y volví a ese libro. Este libro me explicó lo que le había pasado a mi amiga. Quizás la obsesión fue que es un libro que me enseñó a respetarlo. A entenderlo.”

Es así como la mirada toma una posición más trascendental: sentir lo que se ve, lo que se escucha, sentir lo que se siente, y narrarlo de tal forma que quien lo lea sienta las emociones y sentimientos como si fuera su propia historia.

Palabras que cuentan

Escribir como profesión de vida es una decisión que va cargada de un constante desasosiego. Es una trayectoria individual, abstracta, nada convencional o definida. Es un camino personal que cada quien traza a su manera, de acuerdo a sus talentos, fortunos y desafortunados. El mundo de las historias es como un océano que todos bucean a distintas profundidades; unos prefieren quedarse en la orilla, donde los pies alcancen la arena, mientras otros son más arriesgados y penetran en las zonas oscuras, donde los rayos de sol se difuminan entre las amplias capas de agua:

“Escribí siempre, desde muy chica. En cuadernos, en el reverso de las etiquetas, en blocs, en hojas sueltas, en mi cuarto, en el auto, en el escritorio, en la cocina, en el campo, en el patio, en el jardín. Mi vocación, supongo, estaba clara: yo era alguien que quería escribir. Pero (...) no tenía idea de cómo hacer para, literalmente, sacarla de allí: de cómo hacer para, literalmente, ganarme la vida con eso” (Guerriero, 2013)

En los inicios en la escritura también está presente la inocencia, así como Leila (2013) expresó: “No sabíamos nada de la blanca disciplina del trabajo: creíamos en el poder absoluto de la inspiración”. Ser periodista requiere de asumir una actitud de compromiso, responsabilidad y autocrítica. El hecho de escribir no es un ejercicio de narrar cuando se tiene el ánimo y luego dejarlo de lado, todo lo contrario, es un constante reto que se asume y se supera con cada crónica, artículo, entrevista, y reportaje que se escriba:

“Para hacer lo que uno quiere hacer, hacen falta tesón, tozudez, prepotencia de trabajo (como decía Roberto Arlt), disciplina -esa palabra tan denostada y a la que yo le tengo un enorme respeto- y la convicción de que nadie va a venir a ofrecernos espacio y tiempo y temas estupendos en bandeja: que vamos a tener que pelear para obtenerlos” (Guerriero, en Rodríguez, 2014).

Como parte de esa disciplina está la minuciosa labor de usar adecuadamente las palabras. No es el simple hecho de buscar sinónimos que concuerden con la idea que se expresa, sino es entender su contexto y sus significados, conocer su trasfondo y cómo estas realmente hablan y se integran para manifestar lo que se quiere revelar, decir: “Ahí entra en juego el idioma, tenemos para contar las palabras. El truco está en no ser obvio con algunas cosas (...). Uno escoge las palabras para que eso suceda”.

De igual forma, la escritura es un arte que atrapa y sensibiliza al lector no solo desde la vista, sino además desde la sonoridad. La musicalidad es un recurso muy relevante en un texto: “Para mí, como suena algo hace que me produce ganas de leerlo. La musicalidad contribuye a su atmósfera, forman parte de su información”.

Bibliografía

- Guerriero, L. (2013). "El bovarismo, dos mujeres y un pueblo de La Pampa". En: *Revista El Malpensante*. Recuperado el 17 de abril de 2017 de <https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/2013/06/22/el-bovarismo-dos-mujeres-y-un-pueblo-de-la-pampa/>
- Guerriero, L. (2013). "El síndrome". En: *Periódico El Mercurio*. Recuperado el 14 de abril de 2017 de <http://www.elmercurio.com/blogs/2013/09/14/15205/El-sindrome.aspx>
- Herrscher, R. (2009). *Periodismo narrativo: manual para contar la realidad con las armas de la literatura. Ensayos sobre las lecciones de los grandes maestros*. Santiago de Chile: RIL Editores.
- Jalil, G. (2010). "Sufrir y amar (y sufrir otra vez) la escritura". En: Aguilar, M. *Domadores de historias: conversaciones con grandes cronistas de América Latina* (pp. 35-44). Santiago de Chile: RIL Editores.
- Rodríguez, G. (2014). "Leila Guerriero: "Un periodista va al territorio, busca, mira, husmea". En: *Periódico El Huffington Post*. Recuperado el 17 de abril de 2017 de http://www.huffingtonpost.es/2014/11/23/entrevista-leila-guerriero_n_6199684.html

El periodismo empieza por azar en Martín Caparrós

Ana Laura Prada Bohórquez¹
Roberto Sancho Larrañaga²



Martín Caparrós. En: Conversatorio periodismo narrativo en Latinoamérica.

Martes 23 de agosto 2016. Fuente: Archivo histórico Ulibro

Martín Caparrós, Buenos Aires 1957. Es un reconocido periodista que comenzó su carrera en 1973, en una coyuntura muy compleja en su país, dada la llegada de la dictadura militar y tuvo que salir al exilio en 1976. Como exiliado en España empezó a escribir su primera novela, trabajó como traductor y empezó su colaboración con periódicos

1 Estudiante de Comunicación Social en la Facultad de Ciencias Sociales, Humanidades y Artes de la Universidad Autónoma de Bucaramanga. Coordinadora del semillero de investigación Comunicación, Cultura y Medios vinculado al grupo de investigación categoría A, Transdisciplinariedad, cultura y política. Autora de la plataforma www.anaprabo.com. Email: aprada703@unab.edu.co

2 Docente Titular Universidad Autónoma de Bucaramanga. Investigador Asociado de Colciencias. Licenciado en Filosofía y Letras, Doctor y Magíster en Historia. Autor del libro, *La encrucijada de la violencia política armada en la segunda mitad del siglo XX en Colombia y España: ELN y ETA*. Email: rsancho@unab.edu.co

franceses y el diario español El País. Entre sus novelas se encuentran títulos como Ansay o los infortunios de la gloria (1984), No velas a tus muertos (1986), El tercer cuerpo (1990), La historia (1999), Un día en la vida de Dios (2001), Valfierno (2004), A quien corresponda (2008) o Los Living (2011). También ha escrito muchos otros libros de crónicas y del ejercicio de la profesión periodística, por ejemplo, Contra el cambio crónica literaria/periodística. Mirada crítica de la agenda mundial sobre el cambio climático. Ha obtenido destacados premios como el Rey de España en 1992, el premio Konex en 2004, premio Planeta en 2004 o el premio Herralde de 2011.

El conversatorio en Ulibro giró en torno a un tema vital para él, “Periodismo Narrativo en Latinoamérica”. Martín Caparrós era el invitado ideal para desarrollarlo, ha escrito diferentes libros narrando la realidad de esta región del continente americano. Entre algunas de sus obras, la más reciente, *El Hambre*. Para iniciar el conversatorio, Martín se puso cómodo, intercambio saludos con el público y se dispuso a ojear el libro con el fin de compartir la introducción del mismo:

“Quiero empezar por leer un *fragmentito*. Me parece que vale la pena para saber de qué vamos a hablar, de qué música vamos a hablar. Probablemente sobre la letra quizás hablemos mucho, pero la música es algo que es más difícil de describir. Les voy a leer un fragmento muy corto de mi último libro que se llama *El Hambre*, el capítulo de Los Principios”.

En cuestión de 10 minutos el auditorio quedó congelado en el silencio, las palabras cobraron vida y danzaron a la musicalidad de la voz del autor. Se sentía frío, por el aire acondicionado, pero también daba la sensación de vacío por el tema seleccionado. En esos minutos

se vivió hambre, un hambre de esas por devorar al mundo e intentar cambiar la realidad que narraba Martín. Muchas preguntas entraron en medio de sus letras, ¿de verdad pasa esto? ¿Por qué nadie hace nada? ¿Es el hambre tan terrible como él la describe? Para la mayoría de los presentes el hambre no es ajena, pues el ser humano siempre tiene hambre. Tiene hambre cuando despierta, a lo largo del día, cuando ya comió y cuando imagina otro plato de comida. Es una sensación cíclica que puede ser satisfecha. La mayoría de los que estaban en ese auditorio no ha sufrido el hambre, la verdadera hambruna, aquella que sonaba entre las palabras que cobraban vida mientras Martín contaba lo que vivió en Níger. Una de los personajes que apareció entre las líneas fue una joven, de aproximadamente 30 años, llamada Aisha.

Ella era una chica que todos los días comía una bola de harina de mijo. El autor, impresionado, decidió abarcar más a su personaje para contemplar su imaginación y sus anhelos por otra vida. Entonces, le preguntó “que si pudiera pedir lo que quisiera, cualquier cosa a un mago capaz de dársela, qué le pediría”. (Caparrós, 2014: 11). La sorpresa de su respuesta dejó en claro la consecuencia del hambre, pues no es esta solamente el vacío del estómago ni la ansiedad por la comida, es más bien una pérdida de visión sobre la vida. La imaginación y los anhelos de Aisha solo le pidieron dos vacas al mago, lo que parece ser muy poco para una persona que no ha sufrido hambruna y mucho para alguien como Aisha. De esta conversación, corta, directa y escalofriante, salió algo muy claro: la pobreza y el hambre arrebatan la posibilidad de pensar distinto.

Con esta pequeña introducción Martín le da una aproximación al auditorio sobre su trabajo y trayectoria. En unos minutos logra demostrar que no es cualquier personaje que sale a hablar sobre el Periodismo Narrativo, pues él es un periodista que conoce este

campo, ya que ha caminado por el mundo buscando historias para traducirlas en líneas. La conversación en el auditorio se torna hacia su vida ¿qué fue lo que motivó a Martín a comenzar a escribir? ¿Por qué su interés por narrar la realidad de la gente, de los territorios y sobre todo, por qué la crónica? ¿Es su vida una distribución de probabilidades aleatorias?

Novelar los papeles blancos

Martín llegó a este mundo en 1957 y Buenos Aires, su ciudad natal, estaba experimentando un cambio radical: seguir siendo 'europeísta' o nacionalista populista (Goldar, 1980: 63). En medio de diferentes acontecimientos históricos, creció en una familia inspirada por ideas comunistas. Su padre, Antonio Caparrós, era un médico español, especialista en psicoanálisis, que “podía leer lo que quisiera, decir lo que quisiera, pensar lo que quisiera; podía incluso pelear contra el gobierno peronista que a veces intentaba impedirselo. Podía, también, hacer amigos nuevos, cortejar chicas con sus ojos verdes y su historia romántica; podía tener la sensación de una vida por delante” (Caparrós, 2013). Pero sobre todo, podía generar en su hijo una gran inspiración y un arranque para su vida como escritor.

Fue gracias a su padre que Martín se topó con el periodismo a sus 16 años. Era un pibe joven cuando entró a trabajar en el diario *Noticias* con Miguel Bonasso –gran amigo de su familia– en un diciembre de 1973, como aprendiz de fotógrafo. En aquel momento, más que escribir, su sueño era capturar momentos a través de un lente. Nunca pensó ni se imaginó que llegaría a ser un galardonado periodista, ni mucho menos escritor, pues su pasión era, y sigue siendo, la fotografía.

“Me fascinaba meterme en ese espacio de color rojo con la bombilla necesaria para novelar los papeles. El olor de los líquidos y la magia esa del color blanco”.

Su formación empezaría en marzo, así que primero le tocó trabajar como cadete o como le decían en ese entonces ¡Che, pibe! Él era el encargado de llevar los tintos, de arreglar los papeles y alistar la Coca Cola. Su labor era importante, ya que estaba trabajando en un lugar que más que un diario, era un proyecto con ideas políticas, de militantes y guerrilleros. Un sábado, en inicios de febrero, mientras estaba llevando los tintos, se le presentó una oportunidad para redactar. En ese momento Martín era un pibe al que le gustaba leer, se sentaba a escuchar las ideas de su papá, pero no tenía intenciones de escribir. Sin embargo, un periodista en apuros le pidió el favor de hacer una nota sobre un pie congelado encontrado en Aconcagua de unos 12 años atrás. Sin más preámbulo, se arriesgó. Tomó la máquina de escribir y se sentó a escribir. Desde ese día, siguió escribiendo y no ha parado de hacerlo. En ese espacio, de unas cuantas paredes, acentos mezclados y olor a cigarro, estaba Martín rodeado de escritores, poetas y militantes como: Rodolfo Walsh, Juan Gelman y Paco Urondo.

En ese tiempo la formación no era como la de ahora, si alguien quería ser periodista no habían escuelas ni universidades, todo se aprendía por el oficio y el trabajo en la calle. ¿Querían noticias? Salían a buscarlas, así se aprendía y se escribía. Martín estuvo rodeado de grandes intelectuales y gracias a ellos descubrió que para ser un buen periodista es necesario saber y tener los conocimientos del tema que se escribe. Esta afirmación parece obvia, pero su padre siempre le advertía que “un periodista sabía de todo y a la vez de nada”, por eso

se asombraba de sus compañeros de oficina. Mientras se desempeñaba en la redacción de noticias policiales, sintió una gran admiración por el escritor Rodolfo Walsh, ya que los conocimientos que este tenía en su cabeza le permitían hilar, sacar historias, conclusiones y reflexiones de un montón de información que llegaba a la oficina. En ese ambiente florecían ideas, poemas y revolución. *Noticias* estaba conformado por un grupo de escritores, militantes, guerrilleros y soñadores unidos por una causa: una Argentina de izquierda.

Por razones políticas cerraron el diario, ya que era una oficina que olía a tabaco, secretos y camaradería. En ese mismo año fue el Golpe de Estado de 1976, un momento histórico importante para Argentina y también, para la vida de Martín. Fue un 24 de marzo cuando los medios de comunicación fueron tomados por los militares. Estos entraron de forma arbitraria y anunciaron a los ciudadanos la nueva situación del país: “están bajo control operacional del Estado Mayor Conjunto de las Fuerzas Armadas”. La ley marcial empezó a regir, las calles se llenaron de militantes y las casas se convirtieron en espacios propicios para el secuestro, donde desapareció mucha gente que hasta el sol de hoy no se ha encontrado. Rodolfo Walsh describió ese día como uno de los más terroríficos que se han vivido en Argentina (Notiamérica, 2016).

Estas tragedias fueron las que llevaron al exilio a Martín. Se fue, partió cerca a su padre en Europa, aunque decidió quedarse en París, Francia. Mientras muchos de sus colegas morían y eran perseguidos, él estaba viviendo un nuevo mundo y recibiendo un gran beneficio del conflicto. Durante siete años se quedó estudiando historia, se alejó del periodismo y se dedicó a escribir. Leía de vez en cuando una que otra revista con un periódico, pero se enfocó más en sus novelas, que nadie leía en su momento.

Cuando Argentina seguía en dictadura, volvió a ella en 1986. Empezó a trabajar como editor de la revista *El Porteño*, conocida actualmente como una de las más influyentes en el periodismo del país. Gabriel Levinas fue su fundador, “un tipo que escribió mucho. Era muy borracho y murió joven por idiota. Un día salió, porque se estaba arruinando económicamente, así que se fue a un pueblo a vivir –con su esposa francesa– para recuperarse. Uno de esos días, estaba arreglando el techo de su casa, se cayó y se mató”. La revista quedó a cargo de sus colaboradores y funcionó como una cooperativa. Era un mensuario con artículos largos y prosas bien trabajadas donde se llevaba en letras la vida de un barrio, un oficio o un sector social.

Esta revista Martín la recuerda como una experiencia gratificante en su carrera periodística. En ella trabajaron jóvenes que alguna vez esgrimieron una máquina de escribir, con un romanticismo que buscaba encarar la realidad de forma rupturista para su época. Se basaba en encontrar noticias o temas dignos de atención en donde otros medios no veían nada.

“El gran logro de la revista fue que pudo hablarle al subsuelo de la patria torturada, a los que habían sido obligados a callar durante la dictadura, que habían perdido sus afectos en manos del terrorismo de Estado y sus espacios en el otro terror, el cotidiano, el de pensar que alguien podía escuchar lo que se hablaba y denunciarlo. La revista hablaba de esos temas y con esas palabras que durante casi una década no pudieron decirse, que hasta habían sido olvidadas. El Porteño ofreció un espacio de profunda reflexión, de catarsis y de celebración de las propias identidades a todo un país al que se le había negado desde la posibilidad de ser diferente hasta la muerte digna, en

la tragedia social que implican, hasta el día de hoy, los desaparecidos". (Coca, 2014: 159).

Aunque nunca tuvo muchos lectores, sí tuvo gran influencia por la calidad de sus contenidos. También, fue la gestora del diario *Página/12*. En esta época Martín empezó a incursionar en el periodismo narrativo, ya que su trabajo consistía en escribir unos artículos largos que se llamaban 'territorios', con los cuales incursionó en su género: la crónica.

El periodismo, una herramienta para conocerse a sí mismo

En el momento en que Martín se decide a escribir en forma de crónica, la sola palabra ya era desprestigiada en Argentina. Pues, ¿qué clase de combinación es esa? ¿Qué información puede brindar un periodista que expone desde la subjetividad? Los que se llamaban 'cronistas' eran, en ese entonces, los últimos en el escalafón de las oficinas de diarios y revistas. Martín en su afán de darle un estilo que lo sacara de ser el último orejón de ese tarro, decidió llamar a su trabajo: 'Crónicas de fin de siglo'. En ellas dejaba fluir su escritura caracterizada por ser provocadora, burlona, seductora y desafiante, pues a través de ella juega a derribar "los mitos fundacionales de naciones, etnias, religiones, tradiciones y liturgias varias, para jactarse y golpear donde más duele". (López y Shinca, s.f.).

A pesar del desprestigio por el género, este escritor decidió hacerlo diferente. Su estrategia fue la imitación, tomó libros de autores que le gustaban y que admiraba. Entre copia y copia, encontró su estilo, pues según él ese es el mecanismo "uno copia distintas cosas, las mezcla y, de vez en cuando, sale algo diferente que

te va identificando. Se convierte en tu estilo. Ese fue mi inicio”. En un momento donde los medios se excusaban en producir contenidos ligeros, porque “sus públicos no pueden leer más”, Martín alzó su voz a través de palabras y no se dejó moldear por caracteres.

Cuando él escribe una crónica contempla un trabajo de edición en el sentido cinematográfico de la palabra. Pues, agarra distintas escenas, las organiza, las pone alrededor y las pega en una especie de 'tejido conectivo' para pasar de una escena a la otra, y después, hace una gran limpieza, porque no siempre la combinación resulta coherente (Aguilar, 2010: 292). En su estilo se le ocurrió incluir poemas narrativos o haikus en medio de un relato, pues considera que el principal problema es la falta de imaginación para incorporar narrativas diferentes a los relatos.

“Mi forma de trabajar, es enterarme de todo lo posible de ese tema. Una vez tengo la primera información, miro qué necesito, qué quiero contar, qué personajes y hago una lista. Después, cuando estoy trabajando, voy actualizando la lista, le voy dando un desarrollo. Por eso lo llamo un guion, empieza a aparecer la estructura del texto final. Así disminuyo mi neurosis y organizo mi trabajo en el momento. Con este guion me doy cuenta qué me hace falta por hacer”.

Además de la organización, la extensión y la edición, Martín sabe que un cronista debe tener una actitud de cazador. La adrenalina debe ser fuerte y visible en el texto. Para lograr esa consistencia es necesario leer, pero leer buena literatura, ya que según él la mayoría de las crónicas están pésimamente escritas. Por lo tanto, escribir se convierte en una toma constante de decisiones, de una parte para

otra, de un momento a otro y así sucesivamente, se va adquiriendo un ritmo. A través de las palabras se muestran los espacios, los tiempos, los personajes y se atrae al lector por circuitos que van mostrando lo invisible. Lo que no es aparente cuando uno mira, sino cuando uno observa.

Lo interesante de este escritor es lo que lo mueve a escribir en forma de crónica, pues es una motivación que va más allá de lo profesional y se relaciona con un pasatiempo, algo que le genera placer. El hecho de sentarse en frente de alguien para escuchar, observar y analizar su historia, lo motiva a encontrar la forma de narrar lo que vivió de la forma más parecida en su percepción. Para eso utiliza diferentes recursos retóricos que facilitan la descripción de su encuentro. A Martín le interesan las cuestiones humanas en todos los casos posibles, por eso sus trabajos vienen impresos con temas de la salud, el amor, el trabajo o la muerte. Su sello personal está en que a través de él, se accede a conocer las vidas primarias, donde no hay abundancia. Sus escritos les dan una voz a esos personajes que los medios de comunicación y la política callan. Elimina las barreras de la distancia y traslada lo que vivió, a través de sus letras, para generar en quienes lo leen una sensación de *hambre* por moldear la realidad. El periodismo narrativo es entonces su principal herramienta para conectarse con sus lectores:

“Los grandes textos de periodismo narrativo tienen, creo, una enorme ambición escondida. No buscan solo informar, entretener o enseñar algo. Buscan el mayor objetivo al que puede aspirar un escrito: a que el lector cambie, crezca, conozca no solo una parcela del mundo que desconocía, sino que termine conociendo una parcela de sí mismo que no había frecuentado”. (Herrscher, 2012: 43).

Quizás sea su punto de vista, la descripción de sus personajes o el lugar que visita lo que genera en sus escritos una huella. Quizás sean todos estos, mezclados, los que hacen que Martín Caparrós se destaque como cronista y le dé vida a un género, complejo y poco suscitado. Quizás no sea nada de lo anterior y simplemente siga siendo el mismo ¡Che pibe! que anda de un lado para otro, resolviendo problemas ajenos y eso, llama la atención. Lo único seguro de tantas afirmaciones, por definir, es que Martín logra llevar esas voces, esas lógicas, esas sensibilidades y puntos de vistas de los otros a todos los sentidos de su lector.

Una vida marcada por el azar

Su trayectoria como escritor resulta confusa, inclusive para él mismo. Su relación con su trabajo se consolidó hasta sus 33 años, cuando llegó al mundo su primer hijo. Para él, este fue un acontecimiento crucial, ya que decidió convertirse en un “hombre de bien” y sentó cabeza para trabajar. Pero, no duró quieto mucho tiempo, pues sus escritos lo llevaron a andar por el mundo, como un errante que va dando pasos, vueltas y nunca llega a su destino.

Su historia, según él, parece haber sido un golpe de suerte, “cuestión de azar”. No terminó siendo lo que quería cuando pibe –fotógrafo–, sino que la vida lo llevó al periodismo. En estos caminos fue que aprendió, se formó y se quedó. Podría decirse, casi paradójicamente, que Martín es un sistema de esos que no es predecible. Es la encarnación de la teoría del caos, pues su comportamiento, indeterminado y aleatorio no parece haberse dibujado en un mapa del destino. Cada paso forma su camino. Dinámico, cambiante, volátil y flexible, son las palabras que describen

su movimiento. Es impredecible, pues a pesar de estar conectado con el medio no se puede medir su comportamiento y por lo tanto, siempre dará como resultado algo incompleto. Martín trabaja por placer, el placer es su trabajo ¿qué más puede pedir? No necesita de un mago ni de dos vacas para sentirse pleno. Él va a donde quiere, cuando quiera, antes con su “cámara chiquita”, ahora con su celular y en esa soledad con lo ajeno es que logra captar historias y emociones de un espacio, en un tiempo.

Mientras la prensa de hoy en día busca ser más objetiva, imparcial y con pocas líneas, Martín destina el tiempo necesario para darle a cada relato las páginas que salgan, sin contarlas. No le interesa ser neutro, prefiere invitar a su lector a viajar con él. Sus escritos son azares igual que sus viajes, pues el destino no está marcado, no hay nada ahí que lo determine. En su libro *La Crónica* logra condensar los azares de su vida, aquellos que lo convirtieron en lo que es ahora. Su libro es como él, una mezcla que no va en contra de lo establecido, pero que igual funciona y hace eco.

“Estoy harto de la palabra crónica: me tiene cansadísimo. Se usa demasiado, no se sabe qué dice, se confunde, se enarbola, se babea. Pero de algún modo hay que llamar a todo esto. Pensé que quizá podía usarla dándole un correctivo: poniéndola —habría dicho mi maestra de tercero— en su lugar. O mejor: fuera de su lugar. Volviéndola levemente impertinente o por decirlo de otro modo: sin tomarla —sin tomarse— en serio”. (Anfibia, s.f.)

El azar de la vida de Martín es como aquel que describe Cournot, pues su trayectoria es un encuentro accidental de series independientes,

de causas y efectos que concurren en la producción de un fenómeno –que sería él mismo–. (Francovich, *s.f.*: 318). Es como una partida de ajedrez, con acontecimientos rigurosos, pero sin estar fatalmente determinados, porque al final quién toma la decisión del juego es su protagonista.

Bibliografía:

- Anfibia, (.s.f) La palabra no muestra. Recuperado el 15 de abril de 2017 de: <http://www.revistaanfibia.com/ensayo/la-palabra-no-muestra/>
- Caparrós, M. (2013). Cumpleaños. Diario Prodavinci. Recuperado el 14 de abril de 2017 de: <http://prodavinci.com/2013/04/09/perspectivas/historia-ideas/cumpleanos-por-martin-caparros/>
- Caparrós, M. (2014). El Hambre. España: Editorial Planeta.
- Coca, Eduardo M. (2014). La revista El Porteño y su legado periodístico. Buenos Aires: Universidad del Salvador. Recuperado el 15 de abril de 2017 de: http://di.usal.edu.ar/archivos/di/coca_eduardo_nahuel.pdf
- Francovich, G. (s.f.) El azar y la necesidad en la historia. Brasil. Recuperado el 17 de abril de 2017 de: <https://archivos.juridicas.unam.mx/www/bjv/libros/3/1056/26.pdf>
- Goldar, E. (1980). Buenos Aires, vida cotidiana en la década del 50. Argentina: Editorial Plus Ultra.
- Herrscher, R. (2009). Periodismo narrativo: manual para contar la realidad con las armas de la literatura, ensayos sobre las lecciones de los grandes maestros. Santiago de Chile, CL: RIL editores. Recuperado de: <http://www.ebrary.com>

Notiamérica (2016). ¿Qué ocurrió el día del golpe de Estado en Argentina, el 24 de marzo de 1976? Recuperado el 13 de abril del 2017 de: <http://www.notimerica.com/sociedad/noticia-ocurrio-dia-golpe-estado-argentina-24-marzo-1976-20160324095943.html>

López, L. Schinca, Ximena. (s.f.) Martín Caparrós, el cronista sin fin. Blog Crónico. Recuperado el 13 de abril del 2017 de: <https://blogcronico.wordpress.com/2008/12/12/martin-caparros-el-cronista-sin-fin/>

Aguilar, M. (2010) Domadores de historias: conversaciones con grandes cronistas de América Latina. Santiago de Chile: RIL editores. Recuperado el 14 de abril de 2017 de: <http://www.ebrary.com>

La guerra no es un relámpago para Paco Gómez Nadal

Roberto Sancho Larrañaga¹



Paco Gómez Nadal. En: Encuentro con autor.
Miércoles 24 de agosto 2016. Fuente: Archivo histórico Ulibro

Paco Gómez Nadal es periodista, activista de derechos humanos y gestor cultural. Nació en la ciudad de Murcia (España) en 1971. Ha trabajado y colaborado con medios de comunicación en España y América Latina, El País, El Colombiano, La Tribuna, Gatopardo, Cambio, entre otros. Coordinó el nodo de América Latina y el Caribe de Human Rights Everywhere (HREW). En 2013 fundó la librería La Vorágine. Autor de varios libros, entre los que se destacan *La guerra no es un relámpago: Bojayá habla de guerra y de paz a Colombia*, *Terca resistencia: Indios, negros y otros indeseables*, *Los muertos no hablan*.

¹ Docente Titular Universidad Autónoma de Bucaramanga. Investigador Asociado de Colciencias. Licenciado en Filosofía y Letras, Doctor y Magíster en Historia. Autor del libro, *La encrucijada de la violencia política armada en la segunda mitad del siglo XX en Colombia y España: ELN y ETA*. Email: rsancho@unab.edu.co

A Paco es común verlo en el Chocó, en municipios como Bojayá o en la capital Quibdó; su tez blanca resplandece en medio de una población afrodescendiente. Es su primera casa en Colombia, aunque en Bucaramanga pasó tres años y medio aportando a la academia y creando espacios culturales como la feria Ulibro, de la mano del entonces rector Gabriel Burgos. En esta ocasión participó, no como organizador del evento, sino como uno de los invitados especiales, nos contó lo emocionante que es ver cómo ha crecido la feria, la ciudad y la Unab. Y por último, no puede olvidar que aquí escribió su libro sobre la masacre de Bojayá, sucedida el día 2 de mayo del 2002; aquí se enteró del hecho y fue el primer periodista en entrar en Bellavista, municipio de Bojayá en el departamento del Chocó.

Para Colombia, el Chocó es la peor versión de Haití

En la década de los noventa en el siglo pasado, Paco había cubierto varios conflictos en Centroamérica; en Colombia se centró en el Urabá antioqueño, este último “fue un campo de exterminio paramilitar y digamos que la muerte o el humo del conflicto, lo que se ve. La parte más obvia, ya la conocía. Pero, lo de Bojayá fue muy fuerte”. Lo que se encontró Paco allí no fue el cuadro del Dos de mayo de Goya, sino una escena dantesca de muerte y desprestigio de la condición humana. Más de cien muertos, cuarenta y tantos de ellos niños; en una población de unos 1.100 habitantes; todos ellos muertos en una capilla donde estalló una pimpina lanzada por la guerrilla de las Farc-Ep, en su enfrentamiento con paramilitares que se refugiaron en ese casco urbano.

Esto marcó la trayectoria profesional de Paco, “el punto de quiebre es que dejó de fingir objetividad, tomó partido por los

civiles. Desde entonces hasta ahora soy un periodista activista, ya no finjo neutralidad". Activista por los derechos humanos, toma partido por los más débiles, por las víctimas de los conflictos armado, social y económico. Pasó de vivir cómodamente en Altos de Pan de Azúcar, barrio de estrato alto en la ciudad de Bucaramanga, a caminar por las enlozadas trochas de las orillas del río Atrato. "Entré con la primera comisión humanitaria de la diócesis del Chocó. En el control de la guerrilla, un comandante no me quería dejar entrar así que me tocó pasar como cura". Su barba blanca y su pronunciada calva, le otorgaban una imagen muy estereotipada del típico sacerdote europeo.

No era la primera vez que pisaba suelo chocoano, en 1998 un amigo lo invitó a conocer el Chocó y pronto empató con la gente de allí: "Se parte de algo muy simple, tratar de explicar Colombia a través de Chocó. Es un laboratorio de todo. También, de resistencias". Pero allí se dio cuenta en seguida de que él era el diferente, no solamente por su nacionalidad sino también porque "era un blanquito asustado. Veía paramilitares, me temblaban las piernas. Miraba con prejuicios".

Chocó sale a la opinión pública cuando hay paros, niños muertos por hambre, narcotráfico o masacres:

"Mira Domingo, es un señor, de no sé, debe tener 50 años, pero tiene 400 de todo lo que ha vivido. Alcohólico fue el hombre que más personas enterró en una fosa común. Domingo dice que Bojayá solamente existe por los muertos, en el fondo le tiene que agradecer a los muertos por su existencia. Lastimosamente. Si le preguntamos a las personas por el Chocó, solamente sabrán de Bojayá. Colombia es sumamente racista".

Tal vez herencia de esa época colonial rancia donde se diferenciaba a la población por el color de su piel, pueblo de blancos, de indios o cimarrones. La Colonia desapareció pero permanece la colonialidad, esa forma de poder que surge a través de la subjetividad humana y que hace percibir al otro y a uno mismo, como un ser superior o inferior, dependiendo del color de piel o el lugar de nacimiento. En palabras de Paco:

“Las élites blancas de Bogotá, cuando van a Chocó es como si fueran a Haití. Como si fueran ayuda humanitaria. En Bojayá es el lugar donde más plata se ha invertido, movieron el pueblo porque la gente no se quería ir, así que les tumbaron la casa. Pusieron el pueblo en una zona de loma, lejos del río. No hay nada que hacer, no hay empleo. Primero fue la masacre y luego la re-victimización de Colombia, que la volvió a matar”.

Las élites políticas de Bogotá perciben estas zonas alejadas de la misma manera como se percibían las provincias durante el Virreinato, en aquel momento como en este, el Estado hace presencia militar y asistencialista, pero quedan por fuera del resto de la institucionalidad. Doscientos años después de la Independencia, los problemas siguen siendo los mismos, cómo articular los territorios, sus poblaciones y la diferencia cultural. Paco recuerda:

“No sé si ustedes saben qué es el Convenio de Misiones. Este país lo firmó a principios del siglo XX. Fue lo siguiente, Bogotá no podía controlar al país, entonces hace un convenio con el Vaticano para que las órdenes religiosas se encarguen de las demás zonas del país. En algunas como el Chocó, Guainía, Amazonas, Caquetá, se sustituyó al Estado por órdenes religiosas. Se colonizó. Como siempre, se manda gente de fuera para todo”.

Las soluciones no se buscan desde dentro, desde las comunidades, porque no se cree en ellas, por eso tienen que venir de afuera un “desfile de los chalecos” con ONG, de todos los colores y nacionalidades:

“Cuando yo estaba en el Chocó habían dos, una de Suecia y la Iglesia. Pero, cuando pasó lo de Bojayá, que estuve en el 'primetime', llegó un montón. Llegaban depósitos gigantes de agua, había un muchacho español ahí. Traían esos depósitos que no servían para nada, pero era lo que tenían acumulado y tenían que sacarlo”.

Esta ayuda externa limpia conciencias en las grandes ciudades, Bogotá, Medellín, Cali o Madrid y Estocolmo; pero no crea las condiciones para resolver los problemas endémicos de la población. En muchos casos, incluso esta participación externa destruye lógicas sociales o culturales milenarias:

“Es cuando esa presencia externa lo que hace es alterar la vida comunitaria, generar enfrentamientos entre la gente. En el Chocó la gente es rica en muchas cosas, menos en plata. Por ejemplo, cuando llegó la ONU monetizando, cambió todo. Las comunidades indígenas y afro tenían la 'mano cambiada', el famoso trueque. Hasta que monetizan. Ahora la gente solo trabaja si hay plata. Las comunidades se vuelven objetos en lugar de sujetos”.

Comienza también una lógica subsidiaria, de reclamo de derechos y de soluciones parciales o transitorias:

“Ahora piden los chocoanos tener electricidad, agua. Tienen muy claro la deuda histórica. Por ejemplo, América latina debería reclamarle a Europa. El Caricom hizo una comisión de evaluación para mirar la deuda histórica. Así tengamos todo: centros de salud, escuela, lo demás, nada se va a solucionar, se necesita saldar lo estructural”.

Y lo estructural no solo son las condiciones materiales de la sociedad, se requiere, sobre todo, “descolonizar el modelo educativo”. No imponer una forma de ser, un modelo homogéneo que proyecta a niños del Chocó o La Guajira, igual que son los niños blancos de la metrópoli colombiana, Bogotá. Ser como el otro, para dejar de ser tú mismo. Un modelo educativo que le dice a un joven campesino que debe ser ingeniero o médico y que lo obliga a salir de sus tierras ancestrales:

“Tú tienes derecho a decidir quién quieres ser. Cuando yo estaba en el colegio, ser quién quieres ser era dependiendo del imaginario del otro. Si tú dices que de mayor quieres ser campesino, está mal. Ahora será 'neo-rural', voy a plantar lechugas ecológicas”.

Además el modelo de desarrollo impuesto desde afuera se complementa con la explotación minera:

“La primera vez que estuve en el Chocó, la gente decía: “ahí quieren sacar platino, aquí plata”. En ese momento, parecía loco. Llegó la palma aceitera, ¿habéis comido un pollito o chocolatina? tenéis dentro palma aceitera. El negocio es muy grande. Hace como 25 años el Estado colombiano mandó una

misión, Biopacífico, investigadores iban al Pacífico para hacer el inventario de qué tenía el país. Para venderlo”.

Un desarrollo en muchos casos ajeno a la comunidad y la población chocoana, porque esa región del país no es pobre, existe en el imaginario de los colombianos, “el Chocó es un gran productor de oro, es un negocio donde está metido todo el mundo: las Farc, Ejército, multinacionales. La mano de obra son los afro”. Pero Paco también interpela a la responsabilidad de todos nosotros como consumidores:

“Pero, hay una pregunta que es la trazabilidad, de dónde vienen nuestras acciones. Pero si yo me compro dos aretes de oro, no está mal pensar, ese oro de dónde viene. Probablemente viene del Chocó, probablemente alguien está siendo esclavizado por eso. Nada es casual, la extracción de recursos naturales no es por nada, es para algo. No es que yo me sienta culpable por tener celular, es que no voy a cambiar de celular cada seis meses. Seré un consumidor responsable. Exigir a la gente que lo produce, de dónde viene. El Chocó está siendo explotado, ya el pescado no se puede comer porque tiene contaminación de mercurio. Cuando uno sobrevuela el Chocó, está lleno de socavones de mineros legales e ilegales. El presidente de este país ha arrasado comunidades, ambientes. Para que en las ciudades vivamos como vivimos, tiene que pasar eso en el campo”.

Como vemos, Chocó es un departamento con riquezas naturales, que le permitiría a sus pobladores unas adecuadas condiciones de vida; pero el problema estructural del país siempre ha sido la

distribución de la propiedad de los recursos naturales. Añadido a ello, otro problema es la corrupción asociada a la explotación de los recursos o de las regalías:

“Si tú eres negro, indígena y si eres mujer, estás fregado. Si en el Chocó se detecta que un líder se ha robado 500 mil, se vuelve un escándalo, “estos negros robándose un montón de plata”. Si un indígena roba, madre mía, sería terrible. Cuando al indígena se le ocurre tener un Ipad, andar en pantalón, deja de serlo, juzgamos tremendamente al otro y no nos miramos a nosotros”.

La situación es compleja, los problemas estructurales y la cooperación le apunta a aspectos visibles más que a resolver los elementos centrales. Uno de ellos es la ayuda psicosocial que requiere una población golpeada históricamente y que más recientemente ha sido víctima de los actores armados:

“¿Qué es el estado de ánimo? Este es un tema muy delicado porque la cooperación y el gobierno hacen cosas que sean vendibles y visibles. No le puedes poner una pegatina a una persona para decir “ha sido favorecida por la cooperación psicosocial”, ¿cómo lo demuestras? La peor huella que dejan las masacres es psicosocial. Este país tiene entre 5 y 7 millones de desplazados. Es terrorífico, es el desarraigo más brutal: es arrancarte de tu tierra. Pensamos que ayudamos haciendo una vivienda, pero ¿cómo lo hacemos psicológicamente? La primera razón de muerte en Amazonas y Guainía es el suicidio de los jóvenes indígenas, Están sometidos a una presión tan brutal para no ser indígenas, que chocan con sus comunidades

y no consiguen gestionar su situación. En Bojayá, en Bella Vista, hay gente que no ha dormido más de dos horas desde el año 2002. Yo no sabía que los traumas psicológicos alteran tu carga genética. Por ejemplo, si vas a un colegio, los bebés tienen trauma con la masacre. La sexualidad, muchachos que vivieron la masacre con 14 años, no tiene excitación por el trauma psiquiátrico. La única atención que han tenido es unos expertos que dicen: “están fatal” y no vuelve nadie”.

La situación del Chocó sigue siendo compleja, no se resuelve con los acuerdos de paz con la Farc-Ep, como hemos visto en las movilizaciones recientes. Y esas movilizaciones pretenden resolverse por la fuerza, “el problema de fondo es que ningún medio de Colombia ha contado que al Esmad los mandan solamente cuando hay paro. El Estado nunca se acuerda del Chocó, no hay policía allá”. Adicionalmente, las protestas se muestran como desórdenes, una turba humana que no tiene objetivos políticos, pero se olvida que “el Comercio en Quibdó son paisas. El paro empezaba un miércoles, para que el martes se vendiera todo, para estar preparados durante el paro. Sin embargo, ese día alzaron los precios y nadie pudo comprar. Por lo tanto, el jueves hubo piedras, pero eso no lo cuentan los medios”. En río revuelto ganancia de pescador. Y los ríos andan muy revueltos en ese departamento porque las riquezas naturales son muchas pero se olvida que “el 92% de la comunidad del Chocó, es una comunidad. No se vende ni se concesiona la tierra”. Entonces, si no se vende ni se concesiona, se debe arrebatar; ese es el mensaje de fondo del conflicto por los recursos naturales. Y estos conflictos por la riqueza no estuvieron en la mesa de la Habana:

“Si se dan cuenta, en los acuerdos de paz no hay un plan de retorno de todas las personas que han salido de sus casas. Este país tiene una ley de víctimas y restitución de tierras, tardaríamos unos 1.200 años en devolver las tierras. No es que la gente sea mendiga, la hemos convertido en mendiga. No es que no quieran trabajar, es que no pueden. No pueden cultivar porque hay minas. No pueden ir al río porque hay paramilitares. Si haces un mercado de 60 mil pesos el ejército te lo revisa. La gente no puede hacer nada, le toca el asistencialismo: “sálvese quien pueda”.

Tal vez el pos-acuerdo o pos-conflicto ayude a resolver algunos de los factores estructurales que tienen al Chocó es una situación dramática, pero muchas veces, la opinión pública está más interesada en las trivialidades del proceso, en las firmas, en las vedettes, Juan Manuel Santos o Timochenko. Poco interesan los chocoanos, lo que piensan, sus demandas, porque “los negros están censurados en los noticieros, solo salen cuando se ganan una medalla en los olímpicos”. Sin embargo, “¿por qué cada vez que Uribe tiene un eructo, le damos tres minutos de noticiero? Si los medios no les dieran tanto, no tendría tanta importancia su discurso”. Sin embargo pasan desapercibidos temas de mucho más calado para la resolución del conflicto en Colombia, como la visita el 6 de diciembre de 2015 de las Farc-Ep a Bellavista para pedir perdón a las víctimas de Bojayá:

“Ahí estaba María Pascuala, una víctima, perdió 28 familiares en esa masacre y tiene lesiones en su cuerpo. Esa mujer, preguntó por eso y las Farc le respondió: “vamos a hacer justicia revolucionaria”. Ella no estuvo de acuerdo, para ella si la justicia implica matar más, prefería dejar las cosas así”.

Las víctimas no quieren más muertes, exigen justicia, pero sobre todo soluciones, un futuro posible para las poblaciones vulneradas:

“Leiner Palacios, representa las víctimas afro allá en Cuba con Juan Manuel Santos y Timochenko. Las víctimas están interesados en la paz, a ellos no les importa quién va o no va a la cárcel. Porque si por ese principio fuera, tenemos que cerrar el país. Tenemos que pensar en qué modelo de país estamos soñando, qué país queremos construir. Ellos lo tienen clarísimo”.

Algunos medios de comunicación masivos deberían pasar por la justicia transicional

Con esta fuerte afirmación va concluyendo la charla con Paco. Él denuncia las relaciones entre los medios de comunicación en Colombia y el poder, “cuando llegó Uribe, todos eran travestistas, eran todos uribistas porque estaba de moda. Cuando llegó Santos, la gente se volvió santista. El periodismo está así, travestista”. Un periodismo al servicio de los intereses del poder, más que estar del lado de las comunidades, de los más desfavorecidos o de las víctimas del conflicto armado. Por eso afirma que:

“la gente está mamada de nosotros, de periodistas y antropólogos. Sí hay relaciones de confianza que se van generando. Yo recuerdo cuando en las noches que me quedaba solo en Quibdó me compraba una botella y nadie me hablaba. Yo me llevé una llave estrategia, Leiner. La gente hablaba conmigo, gracias a él. Las comunidades no han salido indelebles de la guerra”.

La gente siente que es utilizada por el Estado, las Ong, los periodistas y los académicos. Para Paco, especialmente estos últimos deberían jugar un papel activo para la transformación social, en contraste a esto, la universidad es paquidérmica y ve pasar el tren de la transformación social y cultural desde su torre de marfil intelectual:

“Claro, es que es terrorífico. Este país está siendo investigado. Se entrevista a la gente, hacen sus tesis, consiguen su trabajo y no pasa nada con eso. El gobierno ha decidido que los planes de desarrollo territoriales son integrales, que tienen en cuenta todo. Ya existen, pero ¿a quién hemos elegido para hacer este trabajo que va a adelantar esto? La universidad de los Andes, vuelve y juega. Elegimos académicos que saben muchísimo, pero ¿y qué? No se tiene en cuenta la cosmovisión indígena, afro, es cómplice del poder”.

Para Paco seguimos anclados en una hegemonía de colonialidad, donde el poder a través de la subjetividad humana domina la fuerza de trabajo, los territorios y sus recursos naturales. Por ello, la guerra no es un relámpago.

Adiós a las FARC, ¿y ahora qué, Claudia López?



Claudia López. En: Encuentro con Autor.
Jueves 25 de agosto 2016. Fuente: Archivo histórico Ulibro

Claudia Nayibe López Hernández nació en Bogotá en el año 1970, actualmente es senadora de la República de Colombia, cargo que ocupa desde 2014. Es graduada de Finanzas, gobierno y relaciones internacionales de la Universidad Externado de Colombia. Magíster en Administración pública y política urbana de Columbia University (EE.UU.) y doctorada en Ciencias políticas de Northwestern University (EE.UU.). Su aparición en política se asocia al movimiento estudiantil de la Séptima papeleta, que llevó a la Asamblea Constituyente de 1991. Ha sido investigadora y consultora de Naciones Unidas, Misión de Observatorio Electoral (MOE) o la Corporación Arcoíris.

Claudia López estuvo en Ulibro presentando su último libro: *Adiós a las Farc, ¿y ahora qué?*, y aprovechó su conversación con Pastor Virviescas Gómez para dar su visión del proceso de paz y la actualidad política en Colombia.

Pastor: Claudia López se ha convertido en una de las senadoras que más da lora en el congreso. Voy a empezar por el revés, en principio tenemos que hablar de este libro que escribió Claudia “Adiós a las Farc ¿y ahora qué?”. Es un libro con contenido, con datos. El libro no me lo regaló Random House, lo compré, vale 50 mil pesos. Aquí lo que hay es un punto de referencia bastante grande. En el libro el mensaje es el siguiente, empezamos un nuevo proceso en la historia. ¿Vamos a empezar de cero? Aquí está el resumen para que el Gobierno nacional tenga en cuenta este documento, para aprender y avanzar. La segunda parte, es la actualidad. Primero que todo bienvenida Claudia y segundo, ¿recuerda el de ayer qué día era? 24 de agosto. Ayer tuvo tres infaustas noticias Álvaro Uribe. Una, ustedes le abrieron proceso a Pretelt. Segunda, la captura por parte de alguaciles de Andrés Felipe Arias. La tercera, la firma de los acuerdos de La Habana. Senadora, ¿usted qué cree que hizo Álvaro Uribe?

Claudia: Yo creo que está haciendo yoga. Quiero agradecer a Ulibro por esta invitación, para hablar de mi libro. Sobre el país del que venimos y al que vamos. Este libro es producto de mi tesis de doctorado, de tres a casi cuatro años de investigación. Yo llevaba varios años en la investigación periodística y social, entendiendo la Farc-política. Yo empecé a hacer ese libro porque había llegado en el 2004 de hacer una maestría por fuera del país. Llegué y estaba desempleada y me invitaron a hacer una columna en Semana. Prendí el televisor y vi que los paramilitares estaban invitados en el Congreso. Desde ahí empecé a preguntarme. Si tener plata y armas

da poder político: ¿Las Farc no deberían tener 40 curules? ¿Por qué las Farc secuestraban congresistas y los Paramilitares los postulaban? Me dediqué a estudiar sus métodos. Publiqué otro libro, pensaba que eso era lo máximo que yo podía publicar. Muchos países han salido de la guerra, ¿por qué nosotros no? Así que dejé ese libro y me fui a tratar de entender qué había que hacer para cambiar la historia. Me fui a hacer mi doctorado en ciencia política para entender cómo hacer Estados democráticos con situaciones difíciles.

Había un salón que tenía los países con conflicto armado, éramos 30 al principio hasta que quedamos solo los colombianos. Estamos ahora consolidando algo que otros países intentaron hacer hace 200 años. Queremos construir un país que a nadie mata por sus ideas, que se le vota en las urnas. Los del pasado, nosotros, ya no fuimos capaces de construir ese país, pero los que realmente van a tener que construir un país, son ustedes, los jóvenes. Tú eres lo que eres, no es por tu mérito sino por donde naciste. Si estás en un lugar con un nivel educativo, con fuertes instituciones, determina lo que eres. Construir un país en paz es construir un país que no depende de la lotería de la cuna. Un país donde el mérito determina su destino y no cosas que están fuera de su alcance. ¿Cómo lograr ese país? Es lo que propone este libro.

Pastor: En Bucaramanga se presentó una marcha y las personas salían por las calles exclamando: “Santos, guerrillero”. El senador Álvaro Uribe Vélez estuvo aquí en este lugar y dijo que con los acuerdos de paz vamos en las manos de caer en el castro-chavismo.

Claudia: Yo creo que lo que hay es temor. Tengo un profundo respeto por Álvaro Uribe, estamos aquí gracias a él. Lamento mucho su rencor por la muerte de su padre. Yo sé que las Farc no están en el acuerdo de paz porque se les conmovió el corazón, Las Farc se cansaron, cuando rechazamos y entendimos que no hay causa que

justifique el uso indiscriminado de la violencia. Muchas generaciones antes se demoraron en entender eso, antes las personas creían que la guerrilla se justificaba. Hoy en día, no. Si hay pobreza se construye equidad; corrupción, justicia. La guerrilla no ha derrotado la corrupción, solo ha matado políticos. Si no hubiéramos tomado la decisión de invertir en la fuerza pública, ¿Qué quiere decir castro-chavismo? Gente que tiene otra idea diferente al capitalismo, pues entonces hay que derrotarlos en la urna y no matarlos. Pero, pongamos esto en contexto histórico: allá donde lo resolvieron, tardaron en promedio 30 o 40 años en tener chance de entrar en las urnas.

Pastor: En la página 423 usted dice, “(...) Dejar de existir como grupo armado (...)”. Como usted habla de contexto, ¿cómo entender que hay gente que no quiere paz?

Claudia: Yo entiendo el resentimiento de las personas con las Farc y lo respeto profundamente, a aquellos que no pueden perdonar. Entiendo que quieren llevarlos a la cárcel, pero ¿a cuál? no hay cupos. Se podrían construir 10 cárceles en donde podría ser una nueva Universidad Nacional. La mayoría de los colombianos no vivimos el conflicto armado por lo que vemos en televisión. Yo entiendo el dolor y la resistencia de muchos que sí lo han resistido, no pueden perdonar. Lo que realmente me parece aterrador son aquellos que son los usufructuarios de la polarización del conflicto, como el senador Álvaro Uribe. Las Farc lo volvió la figura pública que es. Yo lo invito a que inspire a esta sociedad por otras causas, pues es un monstruo de la política. Tenemos que dejar ese país atrás, aquí hay mucha expectativa. Yo gano con cara y sello con esos acuerdos. Los que deberíamos estar preocupados son los que estamos ahora en el senado, pues las Farc serán nuestra competencia política. Si las Farc se desarman, erradican la coca, las minas, piden perdón y son buenos

políticos, ganamos. Dejamos esa historia atrás. Las últimas elecciones nos las hemos pasado definiendo la situación con las Farc, sin mirar otras causas. Todo es alrededor de las Farc, no se merecen el protagonismo político que tienen. Si les hinchan tanto los corruptos, no los elijan. Yo propongo una hipótesis en ese libro, la mayor tragedia en este país, es que lo que perdimos todos fue la ciudadanía. La acción política ciudadana de que somos libres. Hoy en día los ciudadanos de Chocó se están movilizando porque pueden, antes no podían hacerlo. Le están pidiendo al Gobierno protección. Antes no había libertad de ciudadanía, pues en la guerra no se puede ser libre.

Pastor: En 1986 con el título cum laude que me dio esta universidad, me fui a cubrir una masacre en Mejor Esquina, Córdoba. Allí estaba el comandante del ejército y le pregunté: ¿Quién va ganando esta guerra? ¿La guerrilla, los paramilitares, el ejército? Se molestó. Estos acuerdos consagran unos curules en el Congreso. Pero, de otro lado se escucha que 'fue que el Gobierno se bajó los calzones con la guerrilla'. Juan Manuel Santos, ¿es tan pendejo de arrodillarse para tener un nobel de paz?

Claudia: Nadie hace una negociación para perder. El acuerdo se firmó porque ambas partes saben que tienen algo que ganar. A mí me irrita el presidente Juan Manuel, pero la decisión aquí es saber si saldremos de las Farc o no. De él nos zafamos en el 2018. Los líderes que pasan a la historia no son los que ganan la guerra sino los que ganan la paz. Él sabía que para lograrlo no podía seguir con el guerrerismo. No tengo la menor duda de que para la guerrilla el mayor logro es que los tengan que reconocer como líderes políticos. Con ideas y las personas deben respetar y votar. Este no es un acuerdo fácil. Para mí es inadmisibles que los responsables de delitos de lesa humanidad vayan de la guerra al Congreso con delitos. Para eso está la justicia transicional. Nosotros llevamos 32 años tratando de

convencer a las Farc de este proceso de paz. Se hizo la Unión Patriótica, ¿cuántos de esos sobreviven ahora? ninguno. Es claro que sin representación política, después de dejar las armas, no hay paz. Aquellos que no están de acuerdo con el Acuerdo, se quejan y dicen que no están en contra de la paz sino con algunos puntos del mismo. Quieren que dejen todo y se vayan a la cárcel, esos 'tales mejores acuerdos' no pueden existir. Este, puede que sea imperfecto, pero fue el único posible. Las Farc cumplen su parte del acuerdo si aceptamos cumplir la nuestra.

Pastor: ¿Qué viene de aquí hacia adelante?

Claudia: ¿Qué le permite a uno asumir riesgos en la vida? La certeza de que uno está tomando las mejores razones para tomar ese riesgo. Cuando uno va a salir con una chica que le gusta, pero no le para bolas, uno espera. Para competir en los juegos olímpicos, para todo en la vida, hay que correr ciertas incertidumbres. Yo lo que creo es que aquí estamos corriendo ciertas incertidumbres razonables. Esta es la décima vez que estamos haciendo un proceso de paz. Somos el único troglodita que ha hecho diez procesos de paz. Cuando se desmovilizaron las guerrillas nunca tuvimos que perseguir a las Bacrim del M-19. Las masacres cometidas por paramilitares bajaron en un 80% cuando se lograron acuerdos. La tasa de homicidios también bajó. Tenemos experiencia, no estamos haciendo esto por primera vez, siempre nos iba mejor. Antes éramos un país más pobre, un Estado más débil, sin tutela, sin Corte Constitucional ni Fiscalía. No estamos echando sal al vacío. Yo veo, intuyo que si estos dos países no se encuentran ¿de dónde va a venir el cambio? ¿Quiénes están sub-representados ahora? Los jóvenes menores de 30 años, son ellos los que van a traer renovación de cambio. Los que van a crear otras plataformas sociales. De ahí va a venir el cambio, lo que ha limitado a los colombianos en las vías rurales, es el conflicto armado. Si les

quitamos ese yunque, ese techo de cristal, no tienen límite. De ahí es que viene el cambio. ¿Qué hemos hecho mal? No cumplimos con los acuerdos y matamos a todos los de la Unión Patriótica. Toca cumplir los pactos. Todas las leyes dicen algo, pero solo se cumple el publíquese y no el cúmplase. Eso es lo que no hemos hecho bien en los últimos procesos de paz.

Pastor: en una grabación del Alcalde Rodolfo Hernández dice: “...Reconstruir lo que está abandonado. Yo soy seguidor de un gran pensador alemán que se llama Adolfo Hitler”.

Claudia: Yo conozco a Rodolfo, sé que uno no debe hacer esos comentarios. Ese señor está hablando desesperado que tiene que sacarles a los ciudadanos un montón de plata para sacar a Bucaramanga de las garras de la corrupción en la que estaba.